

sas, en cuya armonía tal vez se inspiraron Beethoven, Wagner, Bach, Mozart, Haydn y tantos otros.

Desde las primeras notas del melancólico preludio, el alma se dispone a saborear las íntimas emociones que produce la ausencia de la patria amada.

Cada combinación de sonidos y de matices, hace vibrar en nosotros el recuerdo del hogar querido, y cada una de sus notas encierra un mensaje a la lejana tierra, a la cual anhela retornar un día; y a través de un bellissimo coro, en el que todo habla de un tiempo ya pasado, hace sobresalir una voz que canta con amor, recuerdos de su infancia, que el tiempo no ha podido borrar, haciendo de este canto, una de sus composiciones más sentimentales y ricas en armonías.

Presentación de Luis Tejada

Por Guillermo Denís

La presentación que voy a hacer a Uds. de Luis Tejada coincide intencionalmente con la lectura que don Guillermo Colunje hizo aquí hace algunos días de varias producciones de Luis Vidales, ese talentoso muchacho que me preguntó alguna vez si las escaleras pretenden subir o bajar. Y busco tal coincidencia, porque Luis Tejada Vidales y quien habla a Uds. ahora, formábamos un trío de buen compañerismo, acorde no sólo por amistad sino por tendencias literarias e ideológicas.



Luis Tejada nació en un pequeño pueblo de Antioquia,

la tierra grande, multiplemente fecunda: tierra cuyos hijos tienen la pujanza de los de yanquilandia, y el sentimiento de los de Galia. De su pueblo emigró, para visitar ciudades diversas. Y en revistas y periódicos fue cincelandó, día tras día, su consagración.

Pero quizá donde hubo de definir mayormente su personalidad fue en *El Espectador*, de Bogotá, en el cual colaboró hasta poco antes de su muerte, acaecida en Girardot, la ciudad cuna del socialismo colombiano, en Septiembre de 1924.

En *El Espectador* publicaba sus crónicas admirables con el título general de *Gotas de Tinta*. Esas crónicas fueron de sabor y tendencias netamente literarias, hasta unos meses antes de su muerte; habiendo dedicado la última época de su vida a exponer la doctrina marxista. Es decir: primero mostraba el alma múltiple de las cosas; después, denunciaba la tragedia de los obreros del campo, del taller, de la oficina. A aquellas y a éstos les dedicaba su alma, toda su alma, reflexiva y sencilla. Y fué así como el cronista incomparable, que pudo escribir "LA ORACION DE LA ULTIMA RANA", "EL ELOGIO FANTASTICO DEL PESCADOR" y tantos otros modelos de prosa literaria, se consagró a escribir sobre "PARTIDOS DE CLASE", "MOVIMIENTO DE JUVENTUDES", "ORACION PARA QUE NO MUERA LENIN" y muchas más.

Fué el verdadero Apóstol de una doctrina, el único Apóstol que yo he conocido. Predicaba en el periódico, en el café, en el hogar. Sus teorías eran expuestas por él con una sinceridad y una fe absolutas. Las exponía tan sutilmente, que bien pudieran hermanarse con el humo de su pipa.

Si una anécdota bastara para revelar su fervor marxista, su *yo de proletario*, preferiría esta: nos encontrábamos, un grupo de amigos de diferentes tendencias literarias, platicando en un café de Bogotá. Entre nosotros estaba Luis Tejada. De pronto, un amigo nos invitaba desde un reservado a que, con él y otros, libáramos champaña.

Pero Tejada se puso de pies diciendo: *“yo no tomo champañá por temperamento y por convicción; la champañá es un licor de aristócratas, y yo estoy luchando contra las aristocracias.”*

En sus crónicas de finalidades literarias fué a veces contradictorio, lo que yo considero una causa más para su prestigio. Porque, según yo pienso, no hay una actitud que logre tanto, como la contradicción, revelar el absoluto equilibrio espiritual de un individuo.

Esta presentación tiene por fin complacer la obligante solicitud que me hizo el Doctor Moscote, Rector del Instituto Nacional, para que tomara parte en una de estas Veladas Literarias; a la vez que me propongo hacer, de manera sencilla, un homenaje de recordación al mejor cronista que ha tenido mi país en los últimos tiempos. Ahora verán Uds. cómo Luis Tejada jugaba con las frases, con las teorías. En unas y en otras se reflejó siempre su alma múltiple:

“EL CARPINTERO”, “LA ETICA DEL PANTALON”, “LA ORACION DE LA ULTIMA RANA”, “BIOGRAFIA DE LA CORBATA.”

El Carpintero

“En los días pasados instalaron aquí, en la casa del periódico, un gran banco de carpintería y tuvimos por algún tiempo a los buenos carpinteros trabajando con sus martillos y sus garlopas; y yo no comprendí hasta entonces el espíritu sagrado y cordial de este arte bíblico de labrar la madera.

No hay entre todas las profesiones una que mejor acomode al hombre apacible, al hombre evangélico y fraternal que desee deslizar su vida hacia la eternidad sin zozobras, sin saltos, sin grandes penas, su vida pálida envuelta en un perfume inefable de roble y de cedro.

Muchas veces me he puesto a pensar cómo es que Renán no fue carpintero; su filosofía discreta y ondulada, sin aristas ni púas hirientes, hubiera armonizado tan bien con el alma rústica de la madera, con el espíritu sutil y ligero de la viruta, con el ambiente religioso y aromado del humilde taller: ; Y cuán grave y bello verlo así como yo me lo figuro, en mangas de camisa, con la ancha cabeza inclinada, solemne y sonriente, yendo y viniendo con medida, la regla de pulgadas en la mano y el lápiz en la oreja, muy posesionado de sí mismo, muy metido en su oficio, lleno del amor a la tierra, de la alegría panteísta, cósmica, que pone en nosotros el contacto con la madera nueva.

La carpintería debe ser una disciplina excelente para modelar el alma en el ideal de perfección de Marco Aurelio: la serenidad. ¿No habéis sentido al penetrar en esos amables talleres una impresión tonificante de ecuanimidad, de felicidad sencilla? El maestro carpintero, severo y benévolo, se os acerca y os habla; notáis que posee en una forma recóndita y dilatada el sentido de la vida; porque él ha hecho sin duda una cuna y un atáud, como ha hecho un lecho de bodas; y tiene presente a cada instante el principio y el fin; ata en cada instante los dos cabos de la existencia del hombre; esa visión completa de la vida se asienta en él y lo santifica.

Y sus manos gruesas infundirán también a los muebles esa débil alma callada, hermana del alma del hombre: ¿qué fuera de nosotros sin el buen carpintero que dá el lecho cordial que nos abraza y nos esconde, las sillas vigilantes que nos acompañan en la noche, el claro aguamanil desde cuya altura el espejo nos mira y nos anima, el escaparate familiar que apresa el perfume de la ropa limpia? ¿Qué fuera de nosotros dentro de la soledad abrumadora de nuestras casas, sin esos muebles vivos, fraternales, cuyo aliento cariñoso nos envuelve y acaricia, y espanta de los rincones y ahuyenta de las puertas abiertas los fantasmas y las inquietudes?

Buen carpintero: hacedme mi lecho de muerte en esa

madera sincera que lanza alegres virutas al aire, porque quiero llegar al cielo como vos, envuelto en el dulce perfume del cedro y del roble.”

La Ética del Pantalón

“Si yo fuera a estudiar algún día detenidamente, como el tema lo merece, la psicología y la sociología de las ropas, tendría que dedicar un capítulo especialmente extenso al pantalón. El pantalón es la prenda más rica en personalidad y en humanidad; es la prenda más efusiva y más tierna y al mismo tiempo, más llena de calidez vital y de espíritu andante, de posibilidad locomotriz.

¿Nadie ha pensado en que, despertados por una catástrofe, por un terremoto talvez, todos los pantalones que yacen en los escaparates y los roperos, pueden salir algún día corriendo por la ciudad como una muchedumbre asustada? Un suceso fulminante, de esos que devuelven la palabra a los mudos, sería quizá capaz de vigorizar súbita y definitivamente las piernas enclenques de los pantalones, haciéndolos entrar de lleno en la humanidad ambulante y transeúnte que puebla las calles.

Ese sería un espectáculo conmovedor que haría horrorizar a las señoras. Porque unos pantalones solos y vacíos dan cierta impresión de desnudez inmoral; podría decirse que unos pantalones no están cubiertos, no están “vestidos” sino cuando llevan adentro a su dueño; el dueño es como la hoja de parra de los pantalones, es lo que los hace pudorosos y castos. Una señora puede ruborizarse mucho más viendo unos pantalones sin hombre que un hombre sin pantalones.

Y esta circunstancia viene a constituir una prueba gráfica de la cantidad de humanidad que hay en los pantalones. La moral es una noción que concierne exclusivamente a los hombres; desde que una cosa empieza a pare-

cer moral o inmoral es porque se ha humanizado profundamente.

Aparte de esta cuestión de índole puramente ética, hay que notar el influjo soberano que los pantalones han ido adquiriendo sobre el hombre, la suma de personalidad que le han ido quitando en el curso del tiempo. El hombre que provisionalmente se encuentra sin pantalones, es un sér misero, impotente, tímido, empequeñecido. ¿Cómo pudieron combatir, trabajar, caminar, hablar, mandar y obedecer, cómo pudieron, en fin, vivir dignamente con las piernas desnudas los habitantes de las cabernas? Hoy no sabríamos explicarnos bien ese fenómeno remoto; el hombre actual necesita los pantalones, no tanto como un vestido encubridor, sino como un eficaz estimulante espiritual para la acción enérgica. Aún en los momentos de violenta catástrofe, cuando todo acto es instintivo, el hombre experimenta la necesidad psicológica de, antes que todo, ponerse sus pantalones para poder actuar con firmeza. Sólo así, encaramado, digamos, sobre sus pantalones, se siente fuerte y valeroso, se encuentra listo para el ataque o la defensa.

En la vida civilizada y ciudadana de hoy, los pantalones bípedos y andantes, han venido a reemplazar en cierto modo al caballo fiel de los primitivos guerreros nómades. Montado sobre ese indumento extraño, tan lleno de estímulos vitales, tan efusivo y cálido, el hombre actual se siente como un vencedor en marcha, como un radiante dominador de la vida.”

La Oración de la Última Rana

“¿Qué ha sido de las buenas ranas de la Sabana durante este largo verano abrasador? Yo, que vivo fuera de la ciudad, en el campo iluminado y melancólico, no he vuelto a oír su canto vespertino. Quizá se haya apagado para siempre la voz de las dulces flautas de las ranas; quizá todas las

ranas de la Sabana hayan expirado tostadas por el sol cruel y yazgan ahora entre los yerbales sus cadáveres negros y retorcidos, como suelas de zapatos viejos.

Yo quisiera escribir un modelo de oración o rogativa, para uso de la última rana, de esa pobre rana superviviente que debe de estar por ahí metida entre los pliegues de una hoja seca.

Podría decir así: "Señor: tened piedad de la última rana del campo, ahogada entre el polvo de los pantanos extintos, herida por las lanzas de las yerbas áridas de las praderas.

"En el universo infinito, poblado de espléndidas mansiones, cruzado de soles y de mundos, yo no pido para mí sino una pequeña hoja húmeda o el hueco que ha dejado el casco de un caballo, lleno con el agua fresca de la lluvia.

Enviad sobre la tierra esa bella nube negra, preñada de dulces relámpagos, mensajera de la tempestad, de la alegre y violenta tempestad cuyo fragor es música celeste, voz divina, clarín sacrosanto que anuncia la vida al ínfimo anfibio de las lagunas secadas por el sol.

Enviad sobre la tierra esa bella nube negra que ha de traer en su seno el licor frío y confortante para nuestras bocas quemadas, perennemente abiertas sobre el cielo cruel.

Señor: tened piedad de mi gran sed. Yo soy la última rana. Siento que mi piel reseca se abre y se arruina como los terrones del agro. Ya no soy sino un pequeño terrón negro con dos ojos dolientes, llenos de vaga esperanza.

Señor: oír la oración de la última rana!"

Biografía de la Corbata

"¿Cuándo podré escribir un largo libro minucioso sobre la psicología de las ropas? Me obsesiona la idea de hacer, en un estilo expresivo y sincero, la biografía de esa huma-

nidad silenciosa, hueca y cálida, que pasa su existencia colgada a los roperos, expuesta en las vitrinas, sumida en los escaparates de los montepíos, o adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente; las ropas son un molde de humanidad o una humanidad vacía, que plagia y se asimila la vida y la forma de la otra humanidad: cada hombre tiene un segundo cuerpo en ese vestido completo que yace colgado en la esquina de la alcoba.

¿Algún día, provista ya de una verdadera vida propia, se pondrá en marcha por sí sola esa muchedumbre doliente de gentes "en potencia", que son los trajes de los hombres?

Yo, quizá, he empezado a observar algunos indicios de la presencia de ese fenómeno inusitado pero verosímil. Hace cierto tiempo estoy estudiando con cuidado la psicología de mi corbata, sus costumbres, su manera de ser, su genio, en fin, y de pronto me asalta la idea de que esa corbata pueda llegar a adquirir un alma independiente, pueda llegar a construir un organismo intrínseco, con vida animal propia, autónoma.

Mi corbata es una vieja tira de seda, que ha ido alargándose y puliéndose, haciéndose sutil y dúctil con el tiempo y con el uso: y el contacto continuo, la existencia perenne junto a un hombre, la ha espiritualizado un poco, le ha dado cierto calor de alma; podría decir que mi corbata casi vive.

¿Casi vive o vive realmente? Yo no sé. Pero entonces ¿por qué a veces se desliza por sí sola desde la barandilla de la cama? O por qué, a menudo huye de la silla y aparece en el rincón opuesto apaciblemente enrollada como una serpiente que duerme? O por qué, en una ocasión, la buscamos en vano durante tres días, hasta que se hizo visible por sí sola, cerca de un agujero del entablado? ¿Era que estaba en excursiones subterráneas? Yo siento la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arras-

te, uestras úe hm; condu' adr' peptend' úe de mí como un tranquese onduiadame
strado: animal amasnal amac

Y no puedo sustraerme al temor ahora cuando, frente al espejo, hago el ademán característico de anudar la corbata, ese ademán sintético que es como un simulacro de estrangulación, que le recuerda a uno todas las mañanas la proximidad de la muerte. Me veo, me sorprendo con un aire de domador de serpientes, con el aspecto místico del que lleva enroscado en el cuello un crótalo traidor.

Evolución Histórica de la Pena Sistemas Carcelarios

Por Alejandro Tapia

Antes de Lombroso, la Ciencia Penal se ocupaba en tres argumentos fundamentales: El delito, la Pena y el Juicio. A esta trinidad, Lombroso agregó el estudio del delincuente, como punto de partida y de convergencia de los estudios penales.



No es el caso de detenernos a exponer en detalle los pasos preliminares que condujeron a la aceptación universal desde el punto de vista lombrosiano. Salta a la vista que tratándose en el estudio del

derecho penal de medidas encaminadas a reprimir o aminsonar grandemente la actividad delictuosa, es natural que se tenga, ante todo, en cuenta, al agente, que es la fuente constante de dicha actividad.

La pena como función de Estado, es el símbolo más perfecto del poder del Imperio. Tanto en materia civil, cuanto en materia comercial, el Estado protege contra las violaciones de los derechos individuales, restituyendo una